"DERECHO VIEJO"

"Gloria Dei, homo vivens" (La Gloria de Dios es el hombre viviente)

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

Un periódico para leer — Abril 2012

PERIÓDICO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA

En realidad únicamente existe el presente; el pasado es necesario que muera, porque de lo contrario se acumulan heridas, se forman apegos. En realidad el pasado nunca existió.

La muerte es la percepción de una intensa soledad. El miedo que se experimenta es igual al sentimiento de un abandono total, de vacío de todo: *la nada.*

La vejez es acumulación, la madurez es renacimiento

1) La muerte es el fin del tiempo. La muerte tiene dos ámbitos: la muerte corporal, después de la cual no se sabe qué es lo que ocurre; y la muerte cotidiana o muerte interna y psicológica, que es la muerte constante de todas las cosas e ideas de cada momento, de cada hora, de cada instante. En esta muerte se pone fin a algo viejo para dar paso a algo nuevo.

2) Toda la gente quiere saber qué hay más allá de la muerte, pero para conocer lo que hay al final se debe empezar por el principio. Hay que dedicarse primero a saber en qué consiste la vida. ¿Cómo puedo saber o investigar sobre lo que está más allá, si no se sabe qué es la vida? Para aclarar la incógnita de la vida hay que despejar la confusión sobre uno mismo, todo tiene su orden. Clarificar lo que tenemos en el interior para saber lo que es la vida, consiste en **renunciar a cada pensamiento que no sea práctico mediante su comprensión.** En esta auténtica penetración la persona se adentra objetivamente en la cuestión de la vida.

3) Para la mayoría de la gente, la vida se reduce al yo, y éste, a un apego (a posesiones, a atrincheramientos en algunas ideas, a ciertos sufrimientos y alegrías...). La muerte constituye para todos, el final de todo ello.

4) Comprender el significado de la negación es comprender la muerte. La negación como terminación forma parte de la vida, y supone pequeñas muertes cotidianas con las que es necesario convivir. Al hacerlo surge la novedad y la renovación. El sentido de terminación aporta vitalidad, plenitud y comprensión. Los apegos, los odios, los deseos, las frustraciones... terminan. Entonces, la vida y la muerte son la misma cosa, dado que constituyen un único movimiento que lo abarca todo. La mentalidad del hombre sigue dividiendo, trocea constantemente la vida y la separa de la muerte, pero la realidad es una: **la vida y la muerte se comprenden mutuamente.**

5) Morir cada día significa abandonar hoy todas las creencias y pensamientos, y no esperar al último día; es dejar todo lo conocido y adentrarse en lo nuevo, en lo eterno. Una consciencia así, que no está cargada de pasada, es ligera, tiene espacio para todo lo que surge de nuevo, es una consciencia de todos. Su contenido es el contenido universal, nunca el personal. En vez de cerrarse en los pensamientos propios, se abre al mundo y a todos; es una consciencia renacida.

6) Cuando morimos hay un final para todo lo que conocemos. **¿No podemos, morir ahora a todo lo que conocemos?** Entonces descubriremos por nosotros mismos qué es la verdad, en la que no hay ilusión alguna, nada que sea personal. No es nuestra verdad o la verdad de otros. Es la verdad.

7) Normalmente compartimentamos todos los aspectos de nuestra vida; tanto es así que al final no sabemos lo que es en su totalidad, ni en su forma original. Es un verdadero desorden. Donde está la muerte no hay vida, de igual manera, donde no hay desorden existe un perfecto orden. Este orden es la muerte limpia: termina con todo el caos anterior, es el fin. La terminación del desorden adviene con su comprensión. Hablamos del orden entendido como ausencia de conflicto.

8) ¿Qué significado tiene la vida si luego termina sin que nada de lo conquistado permanezca? Aquí hay un error, consiste en atribuir a la vida un sentido que no posee. La vida no es como una carrera, no es una competición que debe ganarse; tampoco la vida es tiempo, sino presente: acción para vivirla. A la vida se le atribuyen mil ilusiones, tales como la esperanza del futuro o la continuidad permanente. Medimos a la vida en términos de tiempo y de triunfos, de posesiones, de dominios... Los desengaños no tardan en llegar: la vida no es patrimonio de nadie ni de nada; no es exclusiva, como todos piensan y se escabuye en un instante.

9) Normalmente hemos apartado a la muerte lejos de nosotros, la hemos arrinconado hasta el último instante de nuestra vida, en el cual no tendremos más remedio que conocerla. Las personas se guían por lo que conocen, porque creen que eso les otorga seguridad: los recuerdos, el pasado, las experiencias. En cambio lo desconocido se rechaza automáticamente, es como si se volviera malo y perjudicial.

10) El pensamiento (lo conocido) es quien realiza la tarea de dividirlo todo. Así divide la vida y la muerte, la bondad y la maldad... Se piensa que esta forma de disecación de la vida, de apropiación de los hechos, redunda en permanencia; se cree que poseer es sinónimo de eternidad. La posesión, no sólo física sino también mental, es vivir del yo en el pasado. Vivir a través de los pensamientos es vivir en el ayer y en la ilusión. El pensamiento es un refuerzo que acompaña constantemente, algo que se tiene siempre que se quiere: "voy a pensar en..." equivale a decir: "voy a tener..." En realidad la vida y la muerte son la misma cosa.

11) El dolor de la vida, que surge de la auto-compasión, no se debe rechazar; ni tampoco aceptar, **sino comprenderse,** y para ello es necesaria su simple y atenta observación (sin abrir juicio). Entonces uno mismo es el dolor, y no hay un observador y algo observado).

12) El tiempo es causante de dolor, pero la muerte no es como el dolor, sencillamente porque no se conoce. Constituye una gran incógnita que produce dolor por este mismo desconocimiento, pero ¿cómo puedo comprender algo que es totalmente desconocido? Para indagar en la muerte hay que aprender de la vida, y la vida entendida como continuidad no sirve; la continuidad (el tiempo) es sólo causa de más dolor.

13) La muerte, igual que el amor no es algo lejano y abstracto, sino que surge a cada momento. **"La mente que muere a cada instante, que jamás acumula, que nunca acopia experiencias, es inocente; por lo tanto, se encuentra en estado constante de amor".**

Textos: Krishnamurti

La muerte es la percepción de una intensa soledad

EDITORIAL

Algunas consideraciones

Por **Camilo Guerra**

La ansiedad proviene de no poder controlar, preever o dominar las cosas que, inevitablemente irán sucediendo. Si no confiamos plena y totalmente en que lo que nos ocurre es lo mejor para nosotros, aunque no lo entendamos, o aunque lo entendamos sin saber como lo entendemos, la ansiedad nos carcome y agota nuestras energías. Aceptar la inseguridad con la tranquilidad de saber que el azar no existe, trascendiendo la mente que es siempre el paisaje conocido.

La ansiedad, el miedo al futuro, sea éste cual fuere, nos inhibe de tal forma que agotamos las energías en cálculos basados en construcciones realizadas sobre la arena. "El No-Uno" y el "No-Dos", encierran el misterio: **"ni esto ni aquello..."**

Hemos nacido y no recordamos nada con anterioridad a esto, ni siquiera recordamos los primeros años de nuestra vida. La vida abundante está en nuestro interior, es lo que llamamos "lo espiritual"; lo externo una vez identificado, es trascendido y surge de allí la unidad definitiva de externo e interno. Nuestra piel no es diferente de nuestros órganos internos; así en lo corporal, igual en lo demás.

Observar la ansiedad sin juzgarla nos dará la oportunidad de vivir "lo vertical" y salir del tiempo que tiene su reino en "lo horizontal". El discernimiento nos exhibirá rápidamente lo imperecedero; y lo perecedero que es precisamente lo que nos produce ansiedad, se irá desdibujando.

La mente nos trajo a esta dimensión de tiempo, espacio, causa y efecto; la mente nos sacará de aquí. Llegar a vivir desde nuestro centro (meditación) nos hará superar la estrechez de la mente y de sus planteos. Desde la superficie no somos más que impulsos, deseos, aversiones, miedos, culpas, cálculos, controles... Trascendida la mente, definitivamente en lo vertical, sin tiempo ni espacio, sin causa ni efecto, **entonces sí, somos.**

La muerte es el fin del tiempo

1) La muerte es la percepción de una intensa soledad. El miedo que se experimenta es igual al sentimiento de un abandono total, de vacío de todo: la nada.
2) La muerte es una representación ideológica que aúna toda clase de calamidades: el miedo, la inseguridad, el dolor, la vacuidad, la soledad, la pequeñez, la frustración... hay que escapar de todo ello y como refugio, se construyen las religiones, las creencias, los premios y los castigos. Siempre se termina girando la cara hacia otro lado, postergando el enfrentamiento con la verdad de lo que constituye la muerte. Cuando uno se siente atemorizado por algo, ese algo crece sobremanera.
3) La mayoría de las personas escapan del miedo, construyen toda clase de imágenes del temor para alejarse de él: lo analizan, lo clasifican y en definitiva lo apartan bien lejos, pero ignoran que el miedo es para vivirlo, se debe estar lo más cerca posible de él. Hay que enfrentarse al miedo y enfrentarse al dolor.
4) El dolor tiene un final, pero éste no llegue mediante sistema o método alguno. **No hay dolor cuando existe la percepción de lo que es.** Cuando vemos muy claramente lo que es, ya sea el hecho de que no podemos realizarnos en la vida, o el hecho de que ha muerto nuestro hijo, nuestro hermano o nuestro esposo; cuando conocemos el hecho tal como es realmente, sin ningún tipo de ideaciones, idelaes o juicios, entonces posiblemente el dolor llegue a su fin. Pero en la mayoría de nosotros impera la voluntad del miedo, del descontento, en definitiva, la voluntad de la insatisfacción.
5) **El miedo a la muerte surge cuando la persona desea aferrarse a la continuidad de su vida y a la de su pensamiento.** El yo psicológico se siente amenazado de muerte; todo lo conocido, todos los mecanismos de supervivencia están en peligro. En la continuidad nunca existe renovación sino repetición, decrepitud. En ese estado la mente sólo puede alcanzar aquello que conoce; a su vez teme lo que desconoce, lo que nunca podrá comprender, sencillamente porque no forma parte de ella.
6) **Cuando cesa el pensamiento (el tiempo), puede aparecer lo que es nuevo.** Si se aprende a morir cada día, desaparece el temor a la muerte.
7) Si vivimos un día por completo y terminamos con él, para volver a empezar otro día como si fuera algo nuevo, fresco, entonces no existe el miedo a la muerte. Morir cada día a todas las cosas que hemos adquirido (a todo el conocimiento, a todos los recuerdos, a todas las luchas), y no traspasarlas al día siguiente... aún cuando haya un final, existe una renovación.
8) La vida es caos y la muerte es orden, porque en ella se termina el caos, para entender el orden primero es necesario ver de cerca cuál es el desorden. Mediante la muerte constante es posible ir ordenando la vida, y por eso representa una liberación, una renovación.
9) **Lo conocido jamás puede conocer lo desconocido,** y así la muerte sigue siendo el misterio. Se teme a la muerte porque no puede experimentarse ni registrarse en el pensamiento. La muerte es una de las pocas cosas que el hombre no podrá dominar, y por ello teme; la vida del hombre se basa en las relaciones de poder, de posesión y de obediencia, **pero la muerte no tiene relación alguna con esta forma de vida.**
10) Para liberarse de algo hay que comprenderlo (no alcanza con conocerlo), comprenderlo sin intereses ni causas, no para dejar de tenerle miedo ni para sentirse seguro, sino por querer aprehenderlo en su totalidad, lo cual significa enfrentarse a ello sin tapujos ni escapes.
11) Debido al temor que despierta la muerte, se intenta separarla de la vida, arrinconarla en un concepto lejano y distante de uno mismo. La persona libre de temores no hace de la vida una idea o abstracción, sino que vive plenamente, su pensamiento es acción y su acción es pensamiento. El pensamiento y la acción, la muerte y la vida, no constituyen dualidades, no son hechos separados: **juntos aportan significado,** divididos no tienen sentido.
12) **Hay miedo a la muerte donde existe búsqueda de realización personal. La búsqueda de realización no termina nunca. El deseo está buscando y cambiando constantemente el objeto de realización, y por ese motivo permanece atrapado en la red del tiempo.**
13) La inseguridad del pensamiento corresponde a la veleidad de los deseos y a la búsqueda continua de la felicidad. Cuando algo se alcanza, se busca otra cosa. El pensamiento mientras corre parejo al tiempo, es decir mientras se sustenta del pasado y se regocija con el futuro, es inútil; crea ilusiones, pero no se nutre directamente de la realidad, de lo que se tiene o de lo que se es. El miedo consiste precisamente en hacerse ilusiones y fabricarse seguridades.
14) Todo lo que dura tiene un fin. La durabilidad o la continuidad existen a partir del tiempo, y en cambio, **la permanencia es intemporal.** Todo lo que dura tiene que cambiar, morir, acabar... El pensamiento es un movimiento continuo en el tiempo, este movimiento no puede contener dentro de sí un estado que no sea del tiempo. El pensamiento, la memoria, son continuos a causa de la palabra y de la repetición. La terminación del pensamiento es el comienzo de lo nuevo; **la muerte del pensamiento (no-mente) es vida eterna.** Para que lo nuevo sea, tiene que haber una constante terminación. Lo que es nuevo no es continuo.
15) El deseo de continuidad, de salvación y de eternidad, para después de la muerte, es un proceso material, un proceso mental que es fruto de la memoria. Cuando llega la muerte física que termina con el cuerpo, también acaba con el cerebro, y por lo tanto, con la continuidad del pensamiento y con los deseos de eternidad.
16) El pensamiento, básicamente tiempo y continuidad, es como una madeja enredada que cada vez crece más. Aunque queramos desechar los problemas, al pensar en ellos se acrecientan y se van añadiendo a la madeja, haciéndola cada vez más gruesa y más enredada. Mediante el pensamiento se posee la idea, y el yo se va agrandando, aunque sea en base a conflictos.
17) La continuidad es solamente pensamiento psicológico. La vida se percibe como un océano inestable en el que todo es inseguridad y miedo, en el que todo flota y nada permanece en un sitio fijo. La posesión es una forma de continuidad, un hábito que se realiza para todo y cuya finalidad es la de acumular. **La posesión constituye una forma de placer porque otorga seguridad y poder.**
18) Para vivir plenamente sin que haya rencores ni nostalgias, sin que exista un debe y un haber, se necesita perder absolutamente todo lo pasado, no deshacerse de los hechos pasados y de los conocimientos que son útiles, pero sí de todas las ideas y recuerdos que constituyen una carga inútil que impiden tener una visión límpida de la realidad.
19) La inmortalidad no surge del tiempo ni del yo, ni de los deseos humanos, sino que es el fruto de la no-continuidad. Solamente una mente libre que no se encierre en los pensamientos y que no se aferre al yo, puede ser inmortal. La inmortalidad no tiene causas ni efectos porque éstos siempre son esclavos del tiempo. **La inmortalidad, igual que el amor o la inteligencia, representan estados intemporales del ser que no necesitan motivos para existir.**
20) Todas las cosas tienen que gastarse. Las cosas son los cuerpos, las cualidades, las resistencias, los obstáculos; todo esto se gastará, debe gastarse; pero el hombre que en sus pensamientos y emociones está libre de resistencias y obstáculos, conocerá la inmortalidad; no la continuación de sus propias limitaciones, de su propia personalidad, la cual no es sino una serie de capas de anhelos, apegos y deseos.
21) Lo inmortal es aquello que pertenece al Todo. La consciencia es inmortal porque no constituye la consciencia de un solo individuo, sino que es la misma de todo lo demás. La consciencia humana no se gasta jamás. Esta es la consciencia inmortal, la que no perece con el cuerpo, con lo físico, sino que es total, compartida por todos. **La inmortalidad, es una armonía perfecta en la que ha cesado toda distinción.**
22) La vejez es acumulación y la madurez es renacimiento. La auténtica madurez del ser humano radica en desterrar la codicia, la envidia, el poder, la obediencia... la madurez no se hace, no deviene, **existe o no existe.**

Obra completa de Krishnamurti

Responsable
Dr. Camilo Guerra

Dirección y Correspondencia
Almafuerte 2629 (CP. 1712) Castelar
Prov. Buenos Aires - Argentina
Tel: 4627-8486 / 4629-6086
E-mail: derecho.viejo@yahoo.com.ar
Sitio Web:
www.derecho-viejo.com.ar
Registro de la Propiedad Intelectual
Nº 2.365.486.

Las reglas fundamentales de la felicidad

Por **Teilhard de Chardin,** sj

La auténtica felicidad es una felicidad de crecimiento, y como tal, nos espera en una dirección prefijada.

1.- Por la unificación de nosotros mismos en el fondo de nosotros mismos;

2. - Por la unión de nuestro ser con otros seres, nuestros iguales;

3.- Por la subordinación de nuestra vida a una vida mayor que la nuestra.

¿Qué se deduce de estas definiciones para nuestra conducta de cada día? ¿Cómo tenemos que actuar en la práctica para ser felices?

Es evidente que, para responder a estas preguntas, sólo puedo indicar pistas extremadamente genéricas para poder satisfacer su curiosidad y su buena voluntad. Porque es en este tema donde se ponen de manifiesto las múltiples cuestiones de gustos, caracteres y temperamentos. La Vida no se establece. La Vida no progresa por naturaleza y estructura. La Vida sólo avanza gracias a la inmensa variedad de sus elementos. Cada uno de nosotros ve y aborda el mundo bajo un ángulo especial, con una serie de matices de vitalidad incomunicables (diversidad complementaria que da lugar, dicho sea de paso, al valor biológico de "la personalidad"). Cada uno de nosotros somos los únicos que podemos descubrir por nosotros mismos la actitud, el gesto inimitable que nos harán coherentes al máximo, es decir, con paz interior y en sintonía con el Universo en movimiento a nuestro alrededor.

Hechas estas matizaciones, también debemos señalar que, de acuerdo con las perspectivas anteriormente indicadas, se pueden formular las tres reglas siguientes para ser felices.

1. En primer lugar, para ser feliz, debemos reaccionar contra la tendencia al mínimo esfuerzo que nos arrastra o bien a quedarnos donde estamos, o bien a buscar preferentemente en la agitación externa la renovación de nuestras vidas. Es necesario que nos enraicemos profundamente en las ricas y tangibles realidades materiales que nos rodean. Pero es en la tarea de la búsqueda de la perfección interior –intelectual, artística y moral– donde nos espera la felicidad. Lo más importante en la vida, decía Nasen, es encontrarse a uno mismo. El espíritu laboriosamente construido a través y más allá de la materia. Centrarse.

2. En segundo lugar, para ser feliz debemos reaccionar contra el egoísmo que nos empuja, o bien a encerrarnos en nosotros mismos, o bien a colocar a los demás bajo nuestra dominación. Hay una forma de amar –mala y estéril– que consiste en poseer, en vez de entregarnos. Por eso, tanto entre los esposos como entre los amigos, hay que volver a la ley del máximo esfuerzo, la misma que regía el camino interior de nuestro crecimiento personal. El único amor realmente santificante es el que se expresa a través de un progreso espiritual hecho en común. Descentrarse.

3. Y en tercer lugar, para ser realmente feliz, necesitamos, de una u otra forma, directamente o a través de intermediarios con un campo de acción cada vez mayor (la búsqueda, la tarea, la idea, la causa...), implicar el interés final de nuestras existencias con la marcha y el éxito del mundo que nos rodea. Como los Curie, como Termier, como Nansen, como los primeros aviadores, como todos los pioneros. Para alcanzar la zona de las grandes alegrías estables, **necesitamos transferir el polo de nuestra existencia a algo mayor que nosotros mismos.** Lo que no quiere decir –para su tranquilidad–

que, para ser felices, tengamos que hacer cosas extraordinarias, sino que, conscientes de nuestra viva solidaridad con una gran cosa, hagamos lo mejor posible las cosas más pequeñas, algo que está al alcance de todos. Es decir, añadir al magnífico tejido de la Vida una única puntada, por muy pequeña que sea; discernir la inmensidad que se hace y que nos atrae en el corazón y al final de nuestras más pequeñas actividades; discernirla y adherirse a ella. Éste es, a fin de cuentas, el gran secreto de la felicidad. **"Es en la profunda e instintiva unión con la corriente total de la Vida donde yace la mayor de todas las alegrías"**, reconoce el mismo Bertrand Russell, uno de los espíritus más agudos y menos espiritualistas de la moderna Inglaterra. Sobrecentrarse.

Pues bien, llegados a este punto que es el final de cuanto yo puedo aportarles, permítanme hacerles una advertencia que les debo y me debo a mí mismo para decir toda la verdad. He leído un libro curioso (*Anatomy of Frustration*), en el que el novelista y filósofo inglés Wells expone las ideas originales de un americano, el biólogo y empresario William Burrough Steele, precisamente sobre la cuestión que hemos abordado, la de la felicidad humana. Con mucha fuerza y no exento de razón, Steele intenta establecer (precisamente como yo acabo de hacer) que, dado que la felicidad no es separable de la idea de la inmortalidad, el hombre sólo puede ser plenamente feliz si sumerge sus intereses y sus esperanzas en las del mundo y, especialmente, en las de la humanidad. Y sin embargo, añade él, esta solución, tal cual, sigue siendo todavía una solución incompleta. Porque para llegar a entregarse a fondo es necesario poder amar. ¿Pero cómo amar una realidad colectiva, impersonal –monstruosa, en cierto sentido– como el mundo o la misma humanidad...?

La objeción que Steele encuentra en el fondo de su corazón y a la cual no responde es una objeción terrible y cruelmente justa. No sería, pues, honrado por mi parte que no les advirtiera que el movimiento innegable que conduce a la masa humana, ante nuestros propios ojos, a ponerse al servicio del progreso no es "autosuficiente". Y que este impulso terrestre en el que les invito a que participen exige, para mantenerse, sintonizar y sintetizarse con el impulso cristiano.

A nuestro alrededor, la mística de la búsqueda y las místicas sociales se lanzan con una fe admirable a la conquista del futuro. Pero no encuentran para su adoración ninguna cumbre precisa, ningún objeto digno de ser amado. De ahí que, en el fondo, el entusiasmo y la entrega que suscitan sean duros, secos, fríos y tristes, es decir, inquietantes para quien los observa y, al final, para todos los que se elevan por encima de ellos, incompletamente santificados.

Ahora bien, al lado y hasta ahora al margen de estas místicas humanas, la mística cristiana no cesa, desde hace dos mil años, de empujar siempre más lejos (sin que muchos se den cuenta) sus perspectivas de un Dios personal; no sólo creador, sino también animador y totalizador de un universo que Él conduce hacia sí a través del juego de todas las fuerzas que reagrupamos bajo el nombre de Evolución. Bajo el esfuerzo persistente del pensamiento cristiano, la enormidad angustiosa del mundo converge, poco a poco, hacia lo alto, hasta transfigurarse en un foco de energía amorosa...

¿Cómo es posible, les pregunto yo, no ver que estas dos poderosas corrientes, entre las cuales se divide actualmente el impacto de las energías religiosas humanas, la del progreso humano y la de la gran caridad, sólo están pidiendo combinarse y completarse?

Imaginemos, por una parte, que el surgimiento juvenil de las aspiraciones humanas, prodigiosamente acrecentado por nuestras nuevas concepciones del Tiempo, del Espacio, de la Materia y de la Vida, pasa a la savia cristiana para enriquecerla y estimularla. E imaginemos, al mismo tiempo, por otra parte, que la figura tan moderna de un Cristo universal, tal y como lo elabora en este preciso momento la consciencia cristiana, viene a colocarse, aparece y brilla en la cumbre de nuestros sueños de progreso de tal forma que los precisa, los humaniza y los personaliza. ¿No sería ésta una respuesta, la respuesta completa a las dificultades ante las cuales se debate nuestra acción? A falta de la infusión de nueva sangre material, el espiritualismo cristiano corre el peligro de debilitarse y de perderse entre las nubes. Y a falta de la infusión del principio de amor universal, el sentido humano del progreso amenaza, con mayor seguridad todavía, con separarse horrorizado de la tremenda maquinaria cósmica en la que se descubre inmerso.

Unamos el cuerpo con la cabeza, la base con la cima y, de repente, surgirá la plenitud.

En realidad, la solución completa al problema de la felicidad yo la veo en la dirección de un Humanismo cristiano o, si lo prefieren, en la de un Humanismo super-humano, en el seno del cual cada hombre comprenderá un día que le es posible, en todo momento y en toda situación, no sólo servir (que no basta) sino también querer en todas las cosas (las más dulces y bellas, y las más austeras y banales) a un Universo repleto de amor en su evolución.

Pekín, 28 de diciembre de 1943.

Invasión al alma

De pronto el alma siente Su presencia en una forma en que no puede equivocarse y con temblor y espanto exclama: "¡Tú debes ser el que hizo el cielo y la tierra!". Y quiere esconderse, y desaparecer de esa presencia y no puede, porque está como entre la espada y la pared, está entre Él y Él, y no tiene dónde escapar, porque esa presencia invade cielos y tierra y la invade también a ella totalmente, y ella está en Sus brazos. Y el alma que ha perseguido la dicha toda su vida sin saciarse nunca y buscando todos los instantes la belleza y el placer y la felicidad y el gozo, queriendo siempre gozar más y más y más, ahora en agonía, ahogada en un océano de deleite insoportable, sin orillas y sin fondo, exclama: "¡Basta! ¡Basta ya! No me hagas gozar más, si me amas, que me muero". Penetrada de una dulzura tan intensa que se vuelve dolor, un dolor indecible, como algo agri-dulce pero que fuera infinitamente amargo e infinitamente dulce. Todo es tal vez un segundo, y tal vez no se volverá a repetir en toda su vida, pero cuando ese segundo ha pasado el alma encuentra que toda la belleza y las alegrías y gozos de la tierra han quedado desvanecidos, son "como estiércol" como han dicho los santos (*skeygala*, "mierda", como dice san Pablo) y ya no podrá gozar jamás en nada que no sea Eso y ve que su vida será desde entonces una vida de tortura y de martirio porque ha enloquecido, está loca de amor y de nostalgia de lo que ha probado, y va a sufrir todos los sufrimientos y todas las torturas con tal de probar una segunda vez, un segundo más, una gota más, esa presencia.

Amistades, vino, mujeres, viajes, fiestas, todo se ha desvanecido para siempre y el alma ya no conocerá jamás otra dicha más que la dicha que ha probado.

Por **Ernesto Cardenal**
Extraído de *"Vida en el amor"*

Un movimiento

En un movimiento circular
gira la vida, con toda
su espontaneidad, destellos
de amor que en su interior
anidan.

Se desnuda el alma
de su bosquejo superfluo,
viviendo suavidad suntuosa,
en el vaivén del viento.

Eternidad pre-existente, con
esencia a divinidad envolvente,
que en su Danubio Azul
resplandece.
En un movimiento circular
gira la vida, nada por hacer,
¡Sencillamente vivirla!

Por **Patricia N. García**

No se trata de una época de cambios sino de un cambio de época

Escribe:
Mons. **Raúl R. Trotz**

Esta afirmación de los obispos acerca de que no vivimos en una época de cambios sino en un cambio de época, puede parecer exagerada o irreal, sin embargo expresa en mi opinión, al igual que la caracterización que Baunman hace de que transitamos en medio de una sociedad líquida, es decir que nada es en realidad consistente todo se "adapta" a la conveniencia de cada uno, las que mejor muestran nada más y nada menos que el marco dentro del cual hoy se desarrolla nuestra vida.

El cantautor dice que no es triste la verdad, lo que no tiene es remedio; estoy de acuerdo con la primera afirmación, no así con la segunda, pero en fin, el tema que me importa abordar es nuestra actitud como creyentes frente a esta realidad que nos toca hoy vivir.

Uno de los signos característicos de que vivimos en una nueva época es ciertamente el amplio campo de los **valores** que queremos desarrollar en nuestra acción cotidiana y ahí es justamente en donde radica gran parte del desorden que muchas veces sentimos que nos rodea y nos invade.

Tal vez la mentira más recurrente en el ideario corriente es que deben *respetarse todas las ideas.*

¿Todas? La idea de que para ordenar el país fue necesario el secuestro, la tortura, la desaparición de personas, ¿debe ser respetada?

Como este simple ejemplo vamos a encontrarnos en el camino con infinidad de afirmaciones que merecen nuestro repudio (entre otras: no importa que roben, basta que hagan).

Nos hemos convertido en una sociedad que en lugar de vivir de ideas nos conformamos con vivir de slogans.

Así no nos puede sorprender que la universidad históricamente más importante del país, la UBA figure por debajo del lugar 400 en las mediciones internacionales, cuando la de San Pablo, perteneciente a un país que muchas veces descalificamos intelectualmente, figura por debajo de los 70.

Con la convicción, apoyados en nuestra fe cristiana, de que la historia de la humanidad siempre avanza hacia algo mejor, no dejamos de recordar que lo hace igual que muchos ríos de llanura que aunque su curso es de oeste a este, en algún momento de su recorrido por razones topo geográficas cambia el rumbo y va de este a oeste, sin embargo siempre terminan retomando su curso de avance.

Hoy tenemos la sensación, y creo que es fundada en la realidad, de que estamos viviendo en cuanto a valores, un momento de involución.

Pero de que tengamos la convicción que esto tuvo **un inicio**, y este se realizó por la voluntad humana, depende que tengamos la convicción de que tenemos que oponer *otra voluntad humana* para reencauzarlo.

Me parece de vital importancia que los cristianos, y los católicos en particular, reconozcamos que muchas veces hemos intentado imponerle al resto de la sociedad nuestras convicciones, ya el difunto beato Juan Pablo II tuvo que pedir perdón repetidas veces con ocasión del inicio del nuevo milenio.

Sería nefasto que intentásemos repetir esas experiencias. De nuestra auténtica capacidad de escuchar dependerá en gran medida que seamos escuchados.

El principal valor que hoy debemos cuidar es el de **la vida**, es a todas luces muy difícil repudiar eficazmente la ola de asesinatos que hoy se dan si no defendemos en primer lugar el don de la vida en sus dos momentos culminantes: el nacimiento y la muerte.

Pero también será estéril nuestra prédica acerca de estos momentos si no luchamos con el mismo ahínco por la calidad de vida.

Luchar en contra de la interrupción de un embarazo y no trabajar simultáneamente para que el niño que nace se desarrolle en una sociedad que le asegure una vida digna, puede resultar una lucha puramente ideológica.

El segundo gran tema que debemos encarar es el tema de los **vínculos**, en especial entre el varón y la mujer, base de la posibilidad de poder robustecer la imagen de la familia como la matriz de una sociedad.

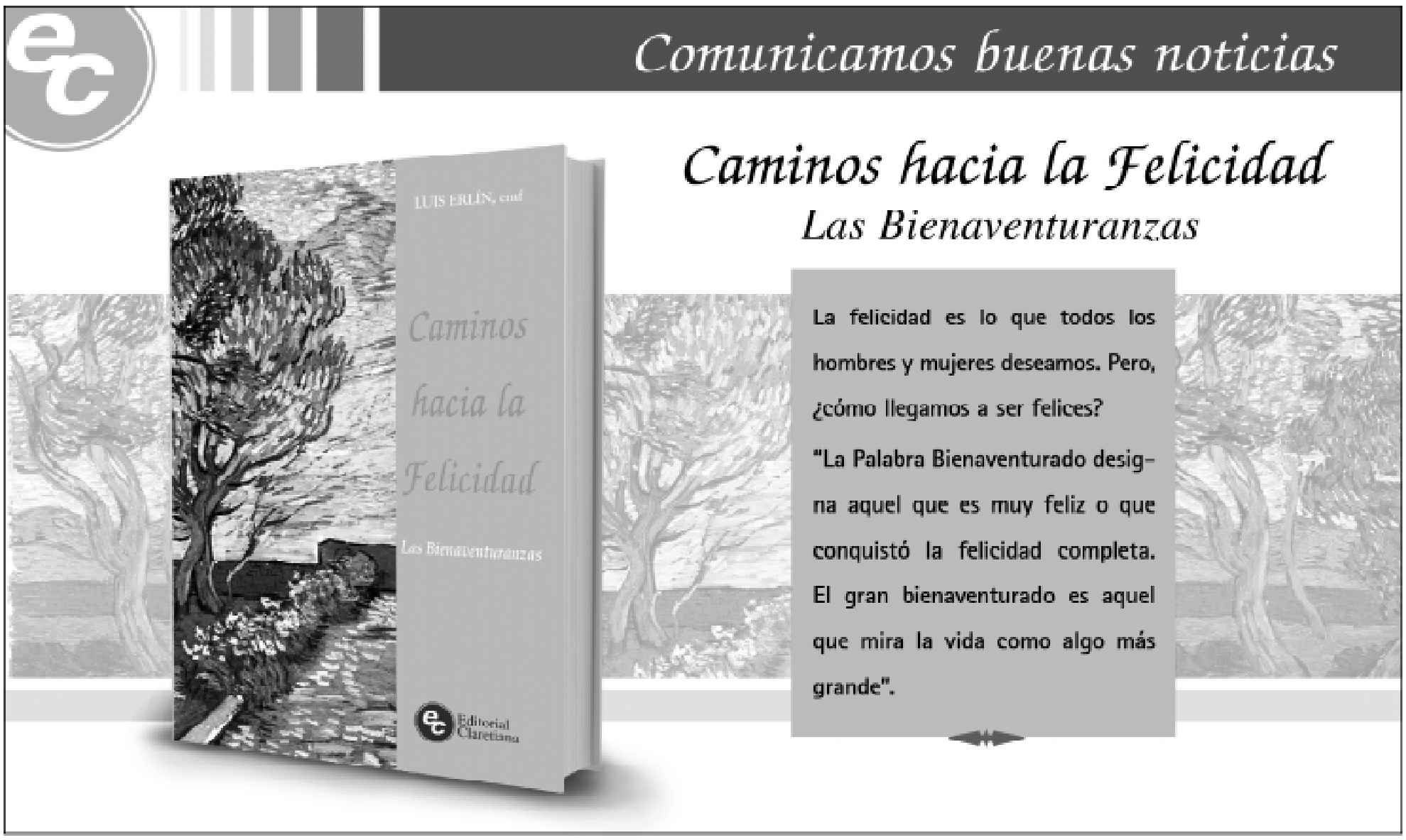
Dentro de esta gran problemática debemos también abordar el lugar que las **adversidades** ocupan en la vida, teniendo presente que la cultura en la que estamos hoy desarrollando, da al hedonismo un lugar tan prominente que nos lleva a buscar en el otro un puro objeto de placer, y por lo tanto llega a enaltecer al egoísmo como una gran cualidad.

En un primer intento por buscar los principales temas a encarar para el futuro, entiendo que debemos reflexionar acerca del lugar que ha de ocupar el **esfuerzo** dentro de la laboriosidad, ya sea ésta manual o intelectual.

No puede haber ninguna duda que todo esto debe desarrollarse en el marco de una auténtica actitud dialogal, poner al diálogo en el centro de toda búsqueda común es ciertamente uno de los logros más importantes de los tiempos que nos tocan vivir.

Es bueno terminar estas reflexiones recordando aquella anécdota atribuida a San Agustín: fueron unos fieles a quejarse ante el obispo de Hipona diciéndole que "vivimos tiempos difíciles" y el sabio obispo le contestó "cambien ustedes y cambiarán los tiempos".

Dios nos ilumine y fortalezca para asumir nuestra responsabilidad histórica.

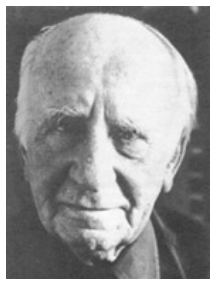


Lima 1360 - C1138ACD - Cap. Fed. - Tel.: 4305-9597/9510 - Fax: 4305-6552
• Palermo: Aráoz 2968, Cap. Fed. • Centro: R. Peña 898, Cap. Fed. • L. de Zamora: Av. H. Yrigoyen 8833
• Morón: Ntra. Sra. del Buen Viaje 950 • San Justo: I. Arieta 3045 • La Plata: Calle 51 Nº 819
editorial@editorialclaretiana.com • www.editorialclaretiana.com

AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN

La experiencia del Ser

Condición previa de la transformación del hombre



Karlfried Graf Dürckheim
(Psicólogo
1896-1988)

Cuando hablamos de transformación no pensamos en un proceso que afecte a este o aquel aspecto del individuo. Se trata del hombre en su conjunto, de toda la realidad en la que vive y por la que vive como hombre.

Mientras su concepción de la existencia gire en torno a su yo, todo lo que es real para él toma, de su relación con ese yo, su sentido y su importancia: las cosas, los valores, los otros hombres, la comunidad, también Dios. El signo decisivo de una auténtica transformación es el hecho de que el centro de referencia, el eje alrededor del cual giran todas las cosas para él, deje de ser él mismo. Para el cristiano eso quiere decir que la vida transformada no está ya centrada sobre el yo sino sobre Dios. El núcleo del proceso de transformación, en sentido cristiano, es un acontecimiento acaecido al hombre y que hace de Dios el centro de la vida.

El hombre no transformado se siente un *sujeto real.* Se considera autónomo en su saber y en sus actos, el resto del mundo es para él un objeto de su pensamiento, de su sentimiento, de su voluntad. Todo se hace objeto –incluso Dios–. Sin embargo, en la medida en que es transformado, y se comporta como tal, ya no se siente él mismo el maestro de la vida al que todo está sometido. Sabe que otro poder, más alto, le guarda, le dirige y le llama. Todo, incluido el propio hombre, está sometido a él. En primer lugar, no hablaremos aquí del cristiano, sino simplemente del hombre y en particular del que no tiene fe en sentido cristiano. Esto incluye también a los cristianos que se consideran como tales y realmente no tienen fe, bien porque la hayan abandonado, o bien porque duden. Pero, ¿qué hay de las personas para quienes Dios, en sentido cristiano, no existe? ¿Les es posible una transformación auténtica, o les está prohibida? ¿Y qué posibilidades de transformación hay para los hombres que han crecido en familias no creyentes y que no han oído hablar de Dios? ¿O para esos –que son millones en nuestra época– que han perdido la fe bajo los golpes aplastadores del destino? (revelándose así su fe como una pseudo fe). ¿Qué sucede también con los hombres –de los pueblos de Oriente por ejemplo– cuya fe en Dios es una creencia en algunos dioses que, ni siquiera en el fórum de su propia sabiduría, "tienen consistencia" porque son imágenes de deseo o de temor, fantasmas de un yo encerrado en su universo por los que están calados de parte a parte? El terapeuta o el director espiritual conocen bien también a quienes no quieren oír hablar más de Dios o de Cristo porque la justicia de Dios tal y como ellos la concebían ha resultado estar ausente. ¿Están perdidas todas estas personas? ¿Están condenados para siempre a girar la rueda diabólica cuyo cubo es el yo? ¿Queda excluida para ellos toda verdadera metanoia?

¿No es posible una verdadera transformación más que si el transformado considera a Dios personal como el centro de la vida? Ciertamente no.

Hay experiencias de transformación que son una gracia y el punto de partida de una vía de salvación, y eso en una acepción humana general. Aunque es natural en los países cristianos comprender los términos de transformación (conversión), de gracia y de salvación en su sentido religioso y cristiano, hay que saber sin embargo que pueden comprenderse más ampliamente. Esas experiencias existen, en un sentido más amplio, y no solamente en los países no cristianos, sino también en los de confesión cristiana.

Una metamorfosis auténtica se produce cuando el hecho de haber tenido una experiencia del Ser sobrenatural cambia en 180º la orientación de un hombre y de su vida de tal forma, que el eje de dicha vida ya no es su existencia humana natural sino un centro cuya finalidad es sobrenatural. Nosotros llamamos a este acontecimiento la *gran experiencia.* No solamente existe sino que el hombre está destinado a encontrarla.

El está predispuesto para la experiencia del Ser, no porque sea cristiano, sino porque es hombre. Como tal tiene parte del Ser sobrenatural mediante su Ser esencial y puede hacerse consciente de esa participación. El hombre está orientado, debido a ese Ser esencial hacia la "gran experiencia". Cuando irrumpe en él dicha experiencia puede desencadenar su regeneración.

Gracias a ella, el sentido fundamental y la fuente de cumplimiento de la vida no se hallan ya en la existencia natural, sino en el Ser sobrenatural, divino. Esta experiencia no se produce solamente fuera del espacio cristiano, sino también dentro de él. Entonces se puede interpretar como en la mística y según ese pensamiento eso ya es otra cuestión.

La experiencia del Ser traspasa nuestra consciencia natural del mundo para abrirlo a una Vida fundamentalmente nueva que, en el segundo plano de la existencia común, aparece como un Ser sobrenatural y divino. Cuando un hombre es capaz de dejar que tome una importancia bastante profunda, que gane bastante sitio dentro de él para que su vida nueva en el mundo se arraigue en lo sobrenatural, él se sabe llevado y alimentado, llamado y formado, conducido y protegido por ese Ser que le dirige en su Ser esencial. Si la experiencia no se queda en un simple acontecimiento y su acción continúa creciendo dentro de él, la verdadera transformación se llevará a cabo. El hombre se da cuenta de que él mismo y su universo están cada vez más determinados por otra realidad. En vez de obedecer a los valores y a las necesidades de su existencia en el mundo espacio-temporal, estará en adelante al servicio del Ser divino, sobrenatural, más allá del espacio y del tiempo. Colmado y consciente de su nueva responsabilidad, se sabe entonces llamado y destinado a abrirse al Ser y a abrirle el mundo para conocer, amar y formarlo en un sentido más profundo.

Extraído de
"Experiencia y transformación"

Un programa de radio para escuchar... ahora también por **Internet**

"Derecho Viejo"

(lejos del mundo, cerca de los hombres)

Idea y Conducción: Camilo Guerra

Todos los Sábados
de 9 a 12
Por AM 830
Radio DEL PUEBLO
5272-2247
www.
amradiodelpueblo.com.ar

Todos los Lunes
de 18 a 21
Por AM 930:
Radio NATIVA
4484-0808 / 4651-2541
www. amnativa.com.ar

Todos los Lunes
de 21 a 24
Por AM 1250
Radio
ESTIRPE NACIONAL

Talleres libres y gratuitos

En Olivos
Biblioteca Popular de Olivos - Maipú 2901
Miércoles de 10 a 12 horas

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Corrientes 1680 1er. Piso
Sábados de 14 a 16 horas

En Castelar
Almafuerte 2680
Sábados de 17 a 19 horas

Consultas: 4627-8486

Solamente nos queda lo cotidiano. Somos solamente lo de cada día. Un poco de sueño, un poco de comida, un poco de trabajo... no más que lo del día. Mañana empezaremos una vez más por primera vez.

La acumulación genera obligaciones, nos presiona. La mayoría de las veces lo cotidiano queda apretado entre la acumulación de ayer y el temor a no tener que inquieta al mañana; queda tan apretado que generalmente no somos conscientes de él, ni de su presencia. **"Cada día tiene su afán".** Vivir un día por vez nos facilita el vaciamiento de contenidos de nuestra consciencia. Entramos en el vacío y en la oscuridad. Si permanecemos, desarrollamos órganos que tenemos latentes ya en nosotros, que nos permitirán percibir la realidad. La evolución espiritual consiste en atrofiar órganos que ya no se usan y desarrollar órganos nuevos, que a su vez quedarán atrofiados cuando llegue su momento...

Secreta resurrección

Éloi Leclerc, ofm
Francia 1921

"Secreta resurrección": me gusta esta alianza de palabras que encontré en Pascual. La resurrección de Jesús es secreta, porque se realiza sin testigos, durante la noche; secreta como los grandes comienzos, como los manantiales, como la misma acción creadora. No es el fulgor del mediodía, sino el despuntar de la aurora, la luz virginal del alba.

La resurrección es secreta, además, porque no se impone desde fuera, como un acontecimiento que todo el mundo puede ver y constatar. Es un chorro de vida que fluye por dentro. Aunque la televisión hubiera estado allí, no habría podido filmar nada.

"Secreta resurrección", porque es un misterio religioso que sólo entrega su secreto al revelar el de la cruz. La resurrección de Jesús no es un simple retorno a la vida, como pudo serlo la de Lázaro. El Señor no vuelve a la vida anterior a su pasión, como si no hubiera sucedido nada, como si no hubiera muerto. El Resucitado no se deja encuadrar en el marco ya conocido del pasado.

La resurrección no es la negación de la cruz ni una revancha de ésta, sino que, por el contrario, proclama a gritos que Dios estaba con el Cruificado incluso en su abandono; que la cruz, lejos de ser un fracaso, es el triunfo de un Amor más fuerte que la muerte. Por eso el Resucitado no tiene otra cosa que mostrar que sus llagas. Y las muestra como la manifestación de la gloria de Dios. Sin la cruz, sin las llagas, podríamos hablar de la gloria de Dios, pero no sabríamos lo que significa esta palabra. Porque la gloria de Dios es el esplendor de su "Agape", y la resurrección de Jesús es la manifestación de esa gloria, pues nos hace ver en el Crucificado la gran teofanía de la historia, la altura y la profundidad del Amor divino.

Hay una manera de concebir la resurrección de Cristo que vacía ésta de su sentido. Recuerdo haber leído en un artículo la siguiente reflexión: "Ya es hora de que vivamos su resurrección, no tanto su crucifixión. En su gran mayoría, los cristianos y los creyentes de Dios ya no desean la sombra de una cruz que les abruma, sino que quieren creer en un Dios vivo". No estoy seguro de que la persona que escribió estas líneas hubiera comprendido debidamente ni el misterio de la cruz ni el de la resurrección, porque muerte y resurrección son las dos caras de un mismo y único misterio. Privilegiar la cruz sobre la resurrección ha sido un error frecuente en el pasado. Pero no deberíamos caer hoy en el error contrario. No se puede comprender la resurrección de Cristo al margen de la cruz, porque en el corazón mismo de aquélla emerge necesariamente el sentido de ésta como algo esencial a la experiencia pascual y como lo único capaz de transformar el escándalo en misterio de vida y de amor. Creer en la resurrección es descubrir la cruz gloriosa.

Ni la tumba vacía ni las apariciones del Rusucitado habrían bastado para liberar a los discípulos de su miedo y su desesperanza y hacer nacer en ellos la fe en la resurrección de Jesús, como se deduce perfectamente de sus primeras reacciones: cuando, en la mañana de Pascua, las mujeres descubren el sepulcro abierto y vacío, se limitan a decir: "Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn 20,2). "Se lo han llevado...": es la reacción natural. Ni por un instante se les ocurre la posibilidad de una resurrección. Y cuando, finalmente, en el huerto, María Magdalena reconoce a Jesús, todavía no le acoge realmente como resucitado; de hecho, su primera reacción es tratar de retenerlo y devolverlo a su marco habitual, conocido, seguro. Como si, después de una horrible pesadilla, de pronto volviera a encontrar, sin más, al Cristo de ayer, al que ella había conocido y amado. Y el mismo tipo de reacción se percibe en los discípulos de Emaús, que reconocen y dan fe de los hechos –la tumba vacía y las apariciones–, pero no creen todavía. Y es que la resurrección del Señor no es un hecho que se imponga únicamente desde fuera. Y si los discípulos acabaron creyendo, si vieron y reconocieron al Resucitado, fue porque Jesús les abrió la inteligencia y les permitió superar el escándalo de la cruz haciendo emerger ante sus ojos el sentido de ésta.

El relato de Lucas que narra la aparición del Resucitado a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) tiene un valor ejemplar para la comprensión de la experiencia pascual, porque nos la hace ver en su estado naciente, a partir de la noche de la desilusión y de la duda, y por lo mismo nos descubre lo que fue la resurrección para los primeros creyentes.

Dos discípulos regresaban a su casa, en la aldea de Emaús, después de las fiestas de la Pascua. Mientras caminaban, conversaban sobre los acontecimientos que acababan de producirse en Jerusalén, intercambiando abiertamente su tristeza y su desencanto. Para ellos, todo había terminado. Habían puesto su esperanza en Jesús de Nazaret, pero las hermosas perspectivas del Reino habían terminado en el más doloroso de los fracasos. Ahora daban la espalda a Jerusalén, donde su Maestro acababa de ser crucificado como un malhechor y un maldito. Para ellos, como para los demás discípulos, había sonado la hora de la dispersión. Volvían a su soledad y a su noche, arrastrando los pies y sumidos enh la amargura y la vergüenza.

Mientras discutían, un desconocido les dio alcance y, uniéndose a ellos, les preguntó: "¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?" Sorprendidos y con cara de pocos amigos, se detuvieron en seco, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?" "¿Qué cosas, preguntó el desconocido. Y ellos repusieron:

> "Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcroy, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hata habían visto una aparición de ángeles que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron".

Los discípulos comienzan recordando su encuentro prepascual con Jesús y la esperanza que despertó en ellos. Y en realidad no puede haber experiencia pascual sin el recuerdo de ese primer encuentro. Ahora bien, éste conlleva dos aspectos: uno de luz, y otro de sombra. Lo primero fue el encuentro exaltante con un "profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo"; un encuentro que hizo que los discípulos quedaran irresistiblemente conquistados y fascinados por el poder de vida que emanaba de Jesús cuando curaba a los enfermos y enseñaba a las multitudes. Aquello había sido para ellos el punto de partida de una inmensa esperanza: "Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel..." A sus ojos, Jesús era el profeta liberador por excelencia, hasta el punto de que les recordaba al más grande de todos los profetas, Moisés, el primero de quien se había dicho que era poderoso en obras y en palabras (cf Dt 34,10-12). Y, lógicamente, esperaban que Jesús de Nazaret habría de llevar a buen término la liberación comenzada por Moisés.

Ahora bien, esta esperanza –y entramos ahora en el segundo aspecto del encuentro prepascual– chocó con el absurdo de la muerte de Jesús; y el choque hizo que se quebrara en pedazos. Los dos discípulos se hallaban todavía bajo la impresión de aquella muerte en cruz que las autoridades religiosas y políticas habían infligido a su Maestro. Una muerte que para una mentalidad judía sólo podía experimentarse como una maldición divina. Verdaderamente, no comprendían nada; se encontraban en la más absoluta oscuridad. El profeta "poderoso en obras" no había sido capaz de escapar a semejante muerte. Era como si Dios le hubiera realmente abandonado, desautirizado y maldecido.

Con todo, los discípulos reconocen que unas mujeres de su grupo habían vuelto al sepulcro a primera hora de la mañana y lo habían encontrado vacío, y que algunos de sus compañeros habían tenido la ocasión de constatar lo mismo. Pero ello no había bastado para convencerles, porque –dicen– "a él no le vieron". Así pues, cuando el desconocido se les une en el camino y quiere saber de qué están hablando, los discípulos siguen aún anclados en la experiencia prepascual: la de un profeta ciertamente poderoso, pero cuyo poder había acabado mostrándose como debilidad e impotencia ante la muerte. Las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesús constituyen para los discípulos el "punto ciego" en el que todo se hunde en la noche. Los discípulos caminan sumidos en esa noche del absurdo, y nada, ni siquiera el hecho del sepulcro vacío, puede iluminarlos. Los hechos no tienen sentido; y sin sentido no son nada.

"Algo en sus ojos –dice Lucas– les impedía reconocerlo" (Lc 24,16). La experiencia pascual sólo comienza a despuntar con la emergencia del sentido de la pasión y de la muerte de Jeús. Mientras este sentido se mantenga velado, el Resucitado seguirá siendo un desconocido para los discípulos, que no podrán reconocerlo. Sólo el desvelamiento del sentido de su muerte puede hacer brotar la luz de la Pascua. El Resucitado sólo se deja reconocer bajo la luz que da sentido a sus sufrimientos y que permite ver en éstos el cumplimiento de la Buena Nueva.

Es, pues, a partir de ese "punto ciego" como el desconocido va a empezar a levantar el velo, desplegando ante sus ojos, mientras camina junto a ellos, el panorama de la Escritura, "los amplios planos bíblicos", como dice Orígenes: "...y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas", les muestra cómo era necesario "que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria". Moisés, Elías y todos los demás han tenido que recorrer para acceder a la Tierra Prometida: al Reino.

De la ignominiosa e infamante muerte que ha tenido que padecer Jesús no debe concluirse por tanto que él no sea el Liberador, sino todo lo contrario: ha sido recorriendo ese camino como Jesús ha abierto el Reino para todos y ha entrado él mismo en su gloria. Y es que ese camino de exclusión ymaldición le ha hecho cercano a toda humanidad. Proscrito de Israel, excluido de la Alianza y asimilado a los impíos, se ha convertido realmente en el Mesías de todos, llevando a todos la Buena Nueva de la cercanía gratuita de Dios. Más allá de los límites del pueblo elegido, en adelante es Jesús el que abre el Reino a toda la humanidad, y en eso reside precisamente su gloria.

Así, poco a poco, avanzando por el camino, a través de las Escrituras, el desconocido revela a los discípulos el sentido de su muerte. Pero no basta con una mera comprensión intelectual para captarlo, sino que se requiere una experiencia vital, una experiencia que se apodere de todo el ser tocándole en el "corazón". "¿No estaba en ascuas nuestro corazón –dirán más tarde los discípulos– cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?" La revelación del sentido no se produce sin esta nueva y profunda emoción que brota al contacto con una presencia que se da a conocer desde dentro como una plenitud de vida propiamente creadora.

Hemos llegado, efectivamente, al aspecto creador de la experiencia pascual. Los discípulos habían topado con el sinsentido de la muerte de su maestro, y este sinsentido les llevaba por el camino de la dispersión: huían de Jerusalén, donde había naufragado su esperanza, y huían también de los demás discípulos. Pero he aquí que, a partir de esta situación de dispersión y soledad, les fue dado experimentar, al contacto con el desconocido que les iluminó acerca del sentido de la muerte de Jesús, una fuerza vital que habrá de llevarles a reunirse de nuevo en Jerusalén y a crear entre ellos una comunidad nueva.

Esta experiencia creadora comienza con la invitación que los dos discípulos hacen al desconocido, cuyas palabras les han impresionado profundamente. Al llegar a la aldea de Emaús, insisten, efectivamente, en que pase la noche con ellos: "Quédate con nosotros, que está atardeciendo, y el día ya va de caída", le dicen. Y el desconocido entra en la casa para quedarse con ellos. A partir de este momento, los discípulos ya no están solos: han pasado de la soledad de individuos dispersos a la comunidad con el Resucitado. Aunque no haya más que dos, la experiencia pascual es siempre comunitaria; mejor dicho, la experiencia pascual crea la comunidad. El reco-

(continúa)

Mi reino no es de este mundo (Jn 18,33-37)

Por **Jesús Peláez**

"Mi reino no es de este mundo", respondió Jesús a Pilato cuando éste le preguntaba si era el Rey de los Judíos. Y añadió: Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí".

Traducido y entendido al pie de la letra, el texto griego del Evangelio se ha prestado a falsas interpretaciones. Si el reino de Jesús no es de este mundo, poco tiene que hacer el cristiano aquí abajo. Sólo le toca inmiscuirse cuanto menos en los asuntos del mundo para mancharse lo menos posible. La tarea cristiana será separarse del mundo, apartarse de la política y de la vida, dedicarse a la contemplación, huir de este ajetreo cotidiano para esperar un más allá esperanzador donde se implante el reino de Jesús. Ideal de vida éste que refleja el verso de Fr. Luis de León al salir de la cárcel:

"...Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado..."

Para quienes entienden así las palabras de Jesús, el ideal de vida cristiana sería la reclusión en un convento de clausura para rezar y esperar. Pero Jesús no fue ni monje ni invitó a los suyos a serlo. Lo del monacato vino después...

Esta interpretación del texto evangélico entra en conflicto abierto con gran parte del Evangelio donde se compara el Reino de Dios con realidades que no sólo no están en este mundo sino que están metidas de lleno en él con la finalidad de cambiarlo y transformarlo. El reino de Dios –que dicen no ser de este mundo– se parece a un puñado de levadura que se pierde en la masa, a un grano de trigo que se pudre en la tierra, a un dracma perdido en el suelo, a una red barredera sumergida en el mar, a una perla preciosa escondida en el campo. Difícilmente podríamos entender cómo Jesús –si su reino no es de este mundo– invita a sus discípulos a ser "luz del mundo" y "sal de la tierra". Luz que ilumina –y que si se mira deslumbra y ciega–; sal de la tierra que desaparece en el guiso y que, si no se disuelve, molesta al paladar.

La mala interpretación de esta frase puede deberse a un desconocimiento de la riqueza de significados y matices que la palabra "mundo" tiene en el Evangelio de Juan. Con ella se indica el mundo físico, la tierra, la humanidad, los hombres o un grupo de hombres que habitan en el mundo, pero principalmente la humanidad en cuanto sistema abiertamente opuesto al plan que Dios quiere llevar adelante, gracias a Jesús.

Los que pertenecen al mundo, en este último sentido, utilizan el poder y la fuerza para dominar e implantar su voluntad. Aman la violencia como método, buscan la dominación por sistema. Pero ni el reino de Dios, ni el modo de ser rey de Jesús gira en torno a estos presupuestos. Por eso Jesús responde a Pilato: "Si mi reino fuera de este mundo" (o sea, si mi realeza perteneciese a este orden de cosas) "mis propios guardias hubieran luchado para impedir que me entregaran a las autoridades judías. Pero mi reino no es de este mundo" (o sea, no es como los de este mundo). Ni el poder ni la fuerza son atributos de este Jesús en quien Pilato se empeña en ver a un rey más de la cadena de reyes de Israel, una especie de contrincante político.

Quien sea cristiano, por tanto, en lugar de huir, deberá sumergirse en el mundo, en sus instituciones políticas, sociales o religiosas; deberá perderse como sal o levadura para –desde dentro y desde abajo– acabar con este viejo sistema de violencia, de fuerza y de odio e implantar –por amor– otro modo de ser y de vivir, donde la fuerza y la violencia sean palabras excluidas del diccionario.

Extraído de
"La otra lectura de los evangelios"

Secreta resurrección

(continuación)

nocimiento del Resucitado y el nacimiento de la comunidad nueva van a la par.

Este reconocimiento y este nacimiento culminan, en el relato de Lucas, cuando, sentado a la mesa con los dos discípulos, Jesús toma el pan, lo parte y lo distribuye. "Entonces se les abrieron los ojos..." Basta un gesto humano tan sencillo como partir el pan para que la luz pascual se encienda de pronto en el corazón de los discípulos. ¿Tenía Jesús una forma propia y peculiar de partir el pan? En cualquier caso, y aunque les evocara al Jesús prepascual, ahora el gesto adquiere su luz de otro estrato más profundo. Realizado sobre el fondo de sufrimientos y muerte con que los discípulos han topado sin comprender nada, ese gesto familiar, después de todas las explicaciones que el desconocido les ha dado en el camino, hace brillar con toda su intensidad el sentido de la muerte de su Maestro. En el hecho de partir y compartir el pan, es la muerte de Jesús la que se les revela en toda la plenitud de su significado: no ya como fracaso ni como impotencia, sino como la ratificación de una vida que se entrega libremente y que, al entregarse, crea una comunidad nueva. El pan partido y compartido se les muestra como el signo de esa nueva comunidad de vida que nace en torno al Resucitado. En este momento, los discípulos experimentan y reconocen ese poder resucitador que irradia de Jesús. En este preciso instante, el desconocido se hace invisible a sus ojos, para identificarse en adelante con el Espíritu vivificador de la nueva comunidad, que es como ahora está en medio de ellos.

En seguida, como empujados y llevados por ese Espíritu, los discípulos, se apresuran a regresar a Jerusalén, donde encuentran reunidos a los once apóstoles y a sus compañeros, que les dicen: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" Y ellos cuentan lo que les ha sucedido en el camino y cómo le han reconocido al partir el pan (Lc 24,33-35). Esto es, al menos, lo que refiere Lucas. Marcos, sin embargo, es más circunspecto: según él, "ellos volvieron a comunicárselo a los demás; pero tampoco creyeron a éstos" (Mc 16,13). Y es que verdaderamente la fe en la resurrección supone siempre una experiencia. Los dos discípulos de Emaús se convirtieron en testigos de la resurrección porque se les concedió vivir la experiencia pascual. Al descubrirles el sentido de su muerte, el Señor les hizo pasar de una situación de dispersión y soledad a una comunidad nueva: a la luz del sentido de su muerte, pudieron experimentar el poder del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos.

En el corazón de la experiencia pascual está la revelación del sentido de la muerte de Jesús, como creo que acabo de mostrar en lo que concierne a los discípulos de Emaús. Pero lo mismo puede decirse de los demás discípulos, si nos atenemos a lo que nos refiere Juan, según el cual la misma noche de la Pascua, aunque algunos de ellos ya han visto el sepulcro abierto y vacío, están reunidos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Están muertos de miedo. Pero Jesús se presenta en medio de ellos y comienza deseándoles la paz. Luego, sin decir nada, les muestra sus manos y su costado. Es el gesto revelador. Jesús resucitado se presenta no sólo como un ser vivo, sino también como el Crucificado. Y esto adquiere un relieve aún más conmovedor en la segunda aparición, cuando Jesús le dice a Tomas: "Acerca tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente" (Jn 20,27). ¿Por qué esta insistencia de Jesús en mostrar sus llagas como prueba de su resurrección? Sin duda, quiere responder con ello al deseo de Tomás, que había exigido, para creer, una prueba tangible, material. Pero aún hay más: Jesús sólo puede hacerse reconocer como resucitado abriendo el espíritu de los discípulos al sentido de su muerte; y como prueba de su identidad no dispone de nada mejor que las señales de su pasión. La resurrección no es una forma de hacer olvidar la horrible pesadilla, sino que es, por el contrario, la manifestación esplendente de un amor que ha llegado hasta las últimas consecuencias. La resurrección proclama que con ese amor, siempre vivo e indestructible, es la nueva cercanía de Dios la que se ofrece al mundo de manera definitiva. Juan lo resumirá un día diciendo: "Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él" (1Jn 4,16a).

Extraído de *"El reino escondido"*

El pan ofrecido

Al borde de una mesa, solitario
está el pan.
Fragmento nacido del silencio,
se ofrece sin decirlo.

Sabe bien que lo oscuro
es la cara que ofrece la luz
a sus amigos,
y el lugar donde todo es preservado.

Yo lo sé, no lo ignoro,
que algún día una mano,
saliendo del silencio de lo oscuro,
esbozando la excusa religiosa,
de los siglos, mano amiga,
"perdone por Dios", dirá
y el fragmento de pan,
completo con su beso,
algún día, por fin, se llevará.

Al borde de una mesa,
envuelto en un silencio de plegaria,
pasa el tiempo.
Todo es perfecto,
que a lo que es sencillo y silencioso,
el tiempo lo respeta,
al margen de la historia y de sus ruidos;
sin tiempo y sin espacio,
el tiempo y el espacio que es preciso
para esperar en un lugar indefinido,
que conoce el amor cuando es silencio.

Algún día yo sé,
si no me duerme la fatiga,
que Alguien vendrá.
Se cerrarán mis ojos en sus manos,
como se cierra el día en el ocaso,
reducido a la esencia de las cosas.
Y al abrirlos, ya lejos, sin ausencia,
mi perfección habrá sido consumada,
después de haber pasado por la nada
de un fragmento de pan, sobre una mesa
y una cestilla de mimbre abandonada.

Yo quiero sumergirme
en el silencio sin luz de todo lo sencillo.
Y esperar, ofrecido,
que siempre habrá quien pida,
que siempre habrá quien viva
de fragmentos.
Y así estaré, que yo soy el fragmento,
fiel a la oscuridad,
la sola luz total que aún me queda.

Algún día, no sé, encima de la mesa
sólo habrá una cestilla ya vaciada.
Algún día, no sé,
preguntará, quien busque la armonía:
¿Qué hace esta cesta aquí,
encima de la mesa, ya sin nada?
Y no sabrá que, al retirarla,
habrá consumado mi propia perfección
en manos de la "Nada".

Valió la pena estar así ofrecido,
al borde de una mesa, y en olvido.
Para ti, Señor, soy pan partido,
mejor aún, lo que ha sobrado,
después de haber comido.

Cuando vengas, no me cierres
los ojos, al tomarme.
Que vea que eres tú quien se me lleva
a la boca, y que me comes.

Hoy comienzo, Señor, a estar tranquilo...
al borde de una mesa,
esbozado por las sombras y las luces,
al margen del reloj, tiempo perfecto,
y apenas sin espacio,
abierto al mundo entero.

Señor, te ofrezco
del todo, mi fragmento.

Sabré esperar en el silencio,
sin quejas, que es perfecto
lo que el silencio guarda en su misterio
y en la paz imperfecta de un fragmento.

Por **Nicolás Caballero**

Cuando lo personal desaparezca, conscientizaremos que nunca existió; comprenderemos que lo personal fue una proyección de la ilusión de separatividad.

"DERECHO VIEJO"

a la evolución — destino del hombre

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

"Gloria Dei, homo vivens" (La Gloria de Dios es el hombre viviente)

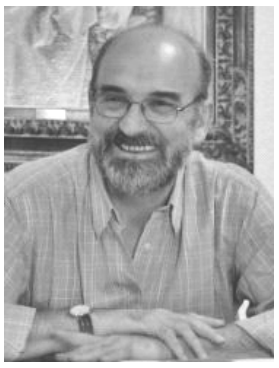
Un periódico para poder no pensar

Al no pensar conscientizamos que la mente es sólo la suma de pensamientos. Sin pensamientos la mente cesa, en realidad nunca existió. El observador de los pensamientos, también es un pensamiento.

Cruz y salvación, más allá del mito

Enrique Martínez Lozano

Sacerdote y teólogo español



Para el pueblo judío, la imagen de la serpiente recordaba, a la vez, las quejas del pueblo y la misericordia de Yhwh.

Tal como se narra en el Libro de los Números (21,4-9), ante la dureza de la marcha a través del desierto, el pueblo empezó a murmurar contra Moisés y contra Yhwh, que envió serpientes venenosas cuya mordedura les provocaba la muerte. Tras el arrepentimiento y la intercesión de Moisés, éste recibió el encargo de colocar una serpiente de bronce sobre un asta: bastaba mirarla, para quedar curado del veneno mortal.

Se trata, evidentemente, de un relato mítico, que solo puede ser aceptado literalmente desde una conciencia mítica, como la que tiene el niño entre los 3 y 7 años, o la que vivió la humanidad entre, aproximadamente, los años 10.000 y 1.000 antes de nuestra era.

Es obvio que también, en la actualidad, pervive la conciencia mítica en no pocas mentes humanas: eso explica que, tanto en el nivel de la religión como en el de los nacionalismos, se mantengan creencias que, vistas desde otro nivel (simplemente, el "racional"), parezcan cuentos de niños.

Particularmente en el campo de la religión, es más fácil quedar anclados en ese nivel de conciencia –aunque la misma persona, en otros sectores de su vida, pueda tener actitudes postmodernas-, debido al hecho de que los textos sagrados se han entendido literalmente, como si en su misma formulación hubieran caído del cielo, revelados por Dios.

A partir de ese concepto de "revelación", centrado en el literalismo, el creyente no se atreve a reconocer el carácter histórico, condicionado y, por tanto, relativo de esos textos, por lo que los sigue repitiendo de una manera mecánica, sin el menor cuestionamiento. Quizás inconscientemente, en este terreno, está renunciando a hacer uso de una consciencia más ampliada, que le proporcionaría otra lectura más adecuada y, por ello mismo, liberadora.

Pero en el tema concreto que nos ocupa, hay más: una idea mágica de la salvación que marcaría dolorosamente la conciencia colectiva cristiana durante más de un milenio.

Una vez más, se trata de un determinado tipo de lectura, desde un determinado nivel de consciencia. Así como el pueblo judío pudo creer que bastaba mirar a una serpiente de bronce para quedar curado de la mordedura venenosa, de un modo similar, durante siglos, muchos cristianos pensaron que la salvación venía producida por la muerte de Jesús en la cruz.

Quiero insistir en el hecho de que, mientras alguien se halla en ese nivel de conciencia, tal lectura es asumida sin dificultad. Lo cual no quiere decir que no contenga consecuencias sumamente peligrosas, entre las que habría que apuntar las siguientes:

· imagen de un dios ofendido y vengativo hasta el extremo;

· idea de un intervencionismo divino, arbitrario y desde "fuera";

· idea de una pecaminosidad universal, previa incluso a cualquier decisión personal (creencia en el "pecado original");

· instauración de un sentimiento de culpabilidad, hasta alcanzar límites patológicos;

· creencia en una salvación "mágica", producida desde el exterior.

Estas consecuencias parecen inevitables cuando se hace una lectura literalista de determinados textos bíblicos, incluido el que hoy leemos, al comparar la cruz de Jesús con la serpiente del desierto. Con tal lectura, se dejan sentadas las bases de toda la "doctrina de la expiación".

Sin embargo, es posible otra lectura que, reconociendo el carácter "situado" y, por tanto, inevitablemente relativo de los textos sagrados, accede a un nivel de mayor comprensión y libera al creyente de tener que seguir aferrado a un pensamiento mágico o mítico, que por la propia evolución de la consciencia le resulta ya, no solo insostenible, sino perjudicial.

Desde esta nueva lectura, el cristiano sigue fijando su mirada en Jesús, y en Jesús crucificado. Pero ya no es una mirada infantil ni infantilizante.

Ahora ve en Jesús y en su destino –provocado por la injusticia de la autoridad de turno- lo que es el paradigma de una vida completamente realizada: fiel y entregada hasta el final. Por ese motivo, el hecho de "mirar la cruz" empieza a ser ya salvador: nos hace descubrir en qué consiste ser persona.

Pero no se trata solo de una mirada "externa", que podría desembocar, en el mejor de los casos, en una conducta imitativa, que no dejaría de ser alienante. Desde una consciencia transpersonal y desde el modelo no-dual de conocer, la lectura se ve enriquecida hasta el extremo.

Al ver a Jesús, nos estamos viendo a nosotros mismos. Al acceder a una perspectiva no-dual, nos queda claro que no hay nada separado de nada. En nuestras diferencias aparentes, se está mostrando la naturaleza común que nos identifica. De un modo semejante a como, en cada una de las olas, "toma forma" la única agua que a todas las constituye.

Desde esta nueva perspectiva, Jesús no es un "mago" que nos salvara desde fuera; tampoco es un "ser celestial separado" diferente de nosotros. Es lo que somos todos…, aunque sigamos sin atrevernos a reconocerlo.

En él se ha mostrado de una manera exquisita la maravilla de lo Real. Por eso, podemos nombrarlo como Manifestación de Lo que es y Expresión de lo que somos. Al mirarlo a él, lo primero que nace no es un deseo de "imitación", sino un reconocimiento de nuestra más profunda identidad.

De un modo similar, la salvación no consiste en quedar liberados, por obra de una "expiación" exterior, de una culpabilidad ancestral que se arrastraría desde el comienzo de la especie humana (aunque quedaría sin precisar el momento exacto en que el homínido dejó de ser primate y empezó su andadura de "homo sapiens sapiens").

No hubo tal cosa como un "pecado original" –en el sentido moralizante en que lo entendió la tradición-, que habría de culpabilizar a toda la humanidad que entró en contacto con esa creencia. Lo que hubo –y sigue habiendo- es una gran inconsciencia, que se traduce en ignorancia radical de quienes somos, y que se plasma en comportamientos que generan sufrimiento para uno mismo y para los demás.

Esa es la "tiniebla" de que habla el texto. Y, por contraste, la "luz" de que tanta necesidad tenemos, y que los cristianos vemos resplandecer en Jesús de Nazaret.

En eso consiste la "salvación": en acercarnos a la "luz", para reconocer nuestra verdadera identidad –el "agua" que constituye nuestra "forma transitoria" de "olas"- y, de ese modo, salir de la ignorancia que nos mantiene confundidos y atrapados en un laberinto de sufrimiento.

Mensaje de *Derecho Viejo*

Pensamientos dispersos

Por **Federico Guerra**

El pecado original del hombre es haber inventado el número dos.

* * *

Pensé que el tiempo era la tierra que nos sepultaba lentamente, pero estaba equivocado: nacemos ya sepultados, y debemos abrirnos paso a través del tiempo.

* * *

Para el hombre que conoce a Dios, afirmar o negar su existencia es lo mismo.

* * *

La Biblia dice que la muerte será la última enemiga en ser destruida. Pero en realidad, debería ser la primera amiga en ser comprendida.

* * *

La palabra "Dios" es duda. Sin duda, ya no hay palabra "Dios".

Jesús es el punto de partida del cristiano, y Cristo su meta.

* * *

El hombre pierde el tiempo por no dejarlo pasar.

* * *

La sociedad debe siempre morir y renacer en las crisis espirituales de todos y cada uno de sus integrantes, o de lo contrario quedará estancada y se pudrirá.

* * *

Se llama "Ego" al vacío que hay en el hombre que no se conoce a sí mismo.

* * *

La verdadera paz no la harán los gobiernos, sino los hermanos.

* * *

¿Qué ciego le teme a la oscuridad?

Uno no sabe que hacer con la vida, pero la vida sabe que hacer con uno.

* * *

Si los filósofos se dedicaran a la poesía, ahorrarían al mundo varios dolores de cabeza innecesarios.

* * *

No arranques la desesperación sin antes recordar de dónde proviene.

* * *

El árbol no conoce conceptos y, sin embargo, sabe bien cómo vivir y cómo morir.

* * *

No existen respuestas correctas ni respuestas equivocadas. Existen sólo respuestas que necesito y respuestas que no necesito.